

Dice la tradición que aquel día Felipe de Jesús, profeso en la Orden de San Francisco, había sufrido el martirio en unión de otros misioneros en Nagasaki.

El papa Urbano VIII le beatificó, y la madre, que tanto por él había sufrido, salió al lado del Virrey en la procesión, el día en que se celebró en México la beatificación de Felipe.

La historia no cuenta todo eso así; pero á mí me halaga más la tradición.



POR SI ACASO.....



POR SI ACASO.....

—Pepe—dijo la Condesa tocando suavemente en el hombro á su marido, que dormitaba en un sillón al lado de la chimenea.

—¿Qué pasa?—dijo él incorporándose.

—¿No vas al club? Son muy cerca de las siete.

—Te agradezco que me hayas despertado; voy á vestirme. Y tú, ¿qué piensas hacer esta noche?

—Es nuestro turno del Real, y si vie-

ne Luisa, iremos un rato. ¿Tú no vas al palco con nosotras?

—Veré si puedo. Por ahora voy á vestirme.

Media hora después, el Conde, envuelto en su gabán de pieles, se acomodaba en su berlina, diciendo al lacayo:

—Al Veloz.

*
**

Cuando el ruido del carruaje anunció que el Conde se alejaba, alzóse el portier del salón en que había quedado la bella Condesa, y la cabeza rubia de una mujer joven asomó por allí.

—¿Se ha ido?—preguntó á media voz.

—Sí, Luisa, entra.

—¿Insistes en tu plan?

—Sí; no hay peligro alguno, y además, Luciano me ha prometido ayudarme.

—¿Lo crees seguro?

—Vaya, y necesario. En toda esta temporada del Real no he conseguido que me acompañe un solo día al palco por irse al Veloz. ¡Dichoso Veloz! No sé qué tiene para nuestros maridos. Y des-

pués de todo, debe ser muy aburrido. Pero esta noche sí me acompaña; vaya si me acompaña. Ahora voy á vestirme yo también.

*
**

El club estaba lleno. Unos socios jugaban al tresillo ó al *whist*, haciendo tiempo mientras se abría el comedor. Otros conversaban alegremente en los salones. Se oyó el timbre del teléfono, y pocos momentos después, un criado entró preguntando:

—¿El señor Marqués de la Ensenada?

—¿El Marqués de la Ensenada?—dijo uno.

—Sí, señor—contestó el criado.—Le llaman al teléfono.

—Pero hombre, si el Marqués hace siglos que se murió.

—Llamarán á la calle del Marqués de la Ensenada—dijo otro.

—Señor—contestó el criado,—ya he dicho á la señora que habla que aquí no hay ningún señor que sea el Marqués de la Ensenada.

—Y ¿qué ha contestado?

—Que eso no me importaba á mí—dijo el criado.—Que yo preguntase por el Marqués de la Ensenada, que ya lo demás no era cuenta mía.

Todo el mundo escuchaba con curiosidad este diálogo, y entre todos, quizá con más atención, Luciano de Oriz, el más alegre y más bromista de los socios, que en aquellos momentos conversaba con el Conde.

—Yo creo que eso es un camelo—dijo una voz.

—No—replicó Luciano;—éste es un lío. Eso de Marqués de la Ensenada es nombre convencional. Ya verán ustedes. Voy á tomar el hilo.

—Pero ¿cómo?

—Nada más fácil. Me acerco al aparato y me hago pasar por el de la Ensenada.

Y sin esperar más, se dirigió rápidamente al aparato. Pocos minutos después volvía, pudiendo apenas hablar á causa de la risa.

—¿Qué hubo? ¿Qué hubo?—le preguntaron todos con interés y rodeándole.

—Pues tiene gracia. Luego que me anuncié como el Marqués, una voz fe-

menina me preguntó: «¿Eres tú?—Sí.—Ven en seguida, porque ya se ha ido Pepe.» Oí algo como risas de mujer, y se cortó la comunicación.

Una carcajada general contestó á la relación de Luciano, y entonces comenzaron los comentarios.

Claro; se reían de Pepe.

—¿Qué gusto, que no me llamo Pepe!

—Pues yo me llamo Pepe, pero no soy casado.

—Pues yo sí; pero mi mujer está en Niza, y desde allí no llama á nadie.

Pero algunas fisonomías se nublaron, y á poco oyéronse dos ó tres coches del club salir precipitadamente.

* * *

El Conde entró en su casa de vuelta, y al entregar su gabán al criado, dijo á la Condesa, que apareció en aquellos momentos por allí seguida de Luisa:

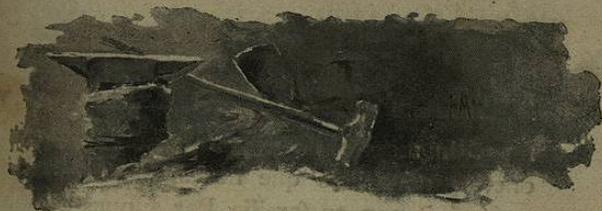
—Pensé mejor, y he resuelto venir á comer contigo para irnos después al Real.

—¡Bendito sea Dios, Pepe! ¿Qué santo me habrá hecho este milagro?

Y furtivamente dirigió á Luisa una mirada, en la que podía haberse leído todo este cuento.



LA LIMOSNA



LA LIMOSNA

Quizá para muchos no tenga interés lo que voy á contar; pero como á mí me conmovió profundamente, por nada de este mundo se me queda esta narración en el buche, y de soltarla tengo, sea cual fuere la suerte que deba correr, y arrojando el peligro de que algunos llamen sensibilidad á lo que los más califiquen de sensiblería.

Pero los hechos son como los acordes de la música: algunos los escuchamos sin conmovernos, y hay otros que tienen resonancia inexplicable en las más delicadas fibras del corazón ó del cerebro, y de los cuales decimos, ó pensamos sin decirlo: *Esas notas son mías.*

* * *

En una de las ciudades del Norte de la República mexicana vivía Julián. No sé cómo se apellidada, pues por Julián no más le conocíamos, y era un hombre feliz. Un herrero honrado y laborioso,

mocetón membrudo y sano, que en su oficio ganaba más que necesitar podía para vivir con su familia. Por supuesto que no era rico, ó mejor dicho, acaudalado.



Tenía una pequeña casita en los suburbios de la ciudad, y allí, como en un nido de palomas, habitaban la madre, la esposa y el hijo de Julián. Allí todo el mundo se levantaba antes que el sol; allí se trabajaba, se cantaba y se comía el

pan de la alegría y de la honradez.

Julián volvía los sábados cargado con el producto de su trabajo semanal; íntegro lo ponía en manos de su mujer, y ella sabía distribuirlo con tanta economía y tanto acierto, que el dinero parecía multiplicarse entre sus manos. Era el constante milagro de los cinco panes repetido sin interrupción, y no se olvidaban ni faltaban nunca los cigarros para Julián, ni la copita de aguardiente, antes de la comida, para la suegra.

El chico se llamaba Juanito: fresco, limpio, alegre y con sus dos años encima, como si tuviera ochenta, vacilaba corriendo tras de las gallinas en los corrales ó arrancando las flores en el jardincito de la casa. Pero era tan cariñoso y tan zalamero, que cada una de esas travesurillas le valía un rosario de besos del padre, de la madre ó de la abuelita, que él recibía riéndose á carcajadas y mostrando su desigual y naciente dentadura.

*
*
*

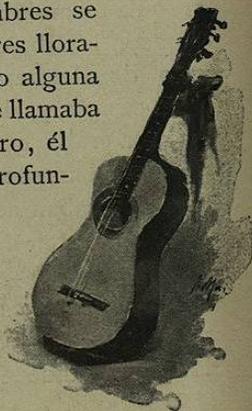
Una tarde Julián esperaba en el taller el pago de sus trabajos de la semana. Repentinamente oyó la campana de su parroquia tocando á fuego, y sintió que el corazón le daba un vuelco. No había motivo de alarmarse; la parroquia tenía gran caserío, y, sin embargo, él sintió que su casa era la que ardía. Echó á correr precipitadamente, y era verdad: las llamas devoraban aquella habitación pocas horas antes tan dichosa.

Todos los esfuerzos habían sido inútiles: nadie pudo escapar del fuego. Julián no preguntó ni los detalles; en una hora lo había perdido todo en el mundo. Quedó

sin sentido; alguna familia cariñosa lo arrancó de allí, y por más de seis meses no volvió á saberse de él.

*
**

Habían pasado cuatro años ya, y Julián, siempre triste, seguía asistiendo con su acostumbrada puntualidad al taller. Tomaba de su salario lo que estrictamente necesitaba para mantenerse, y repartía lo demás entre los pobres de su parroquia. Los sábados, sin embargo, tenía una extraña costumbre. Salía por las calles con una guitarra; entraba en las casas y cantaba con una voz muy dulce canciones tan melancólicas y tan desconocidas, que los hombres se conmovían y las mujeres lloraban; y después, cuando alguna de ellas, enternecida, le llamaba para darle algo de dinero, él decía con un acento profundamente triste: «No, señora, no quiero dinero; ya me han pagado ustedes, porque sólo vengo á pedir limosna de llanto.»



EL VOTO DEL SOLDADO